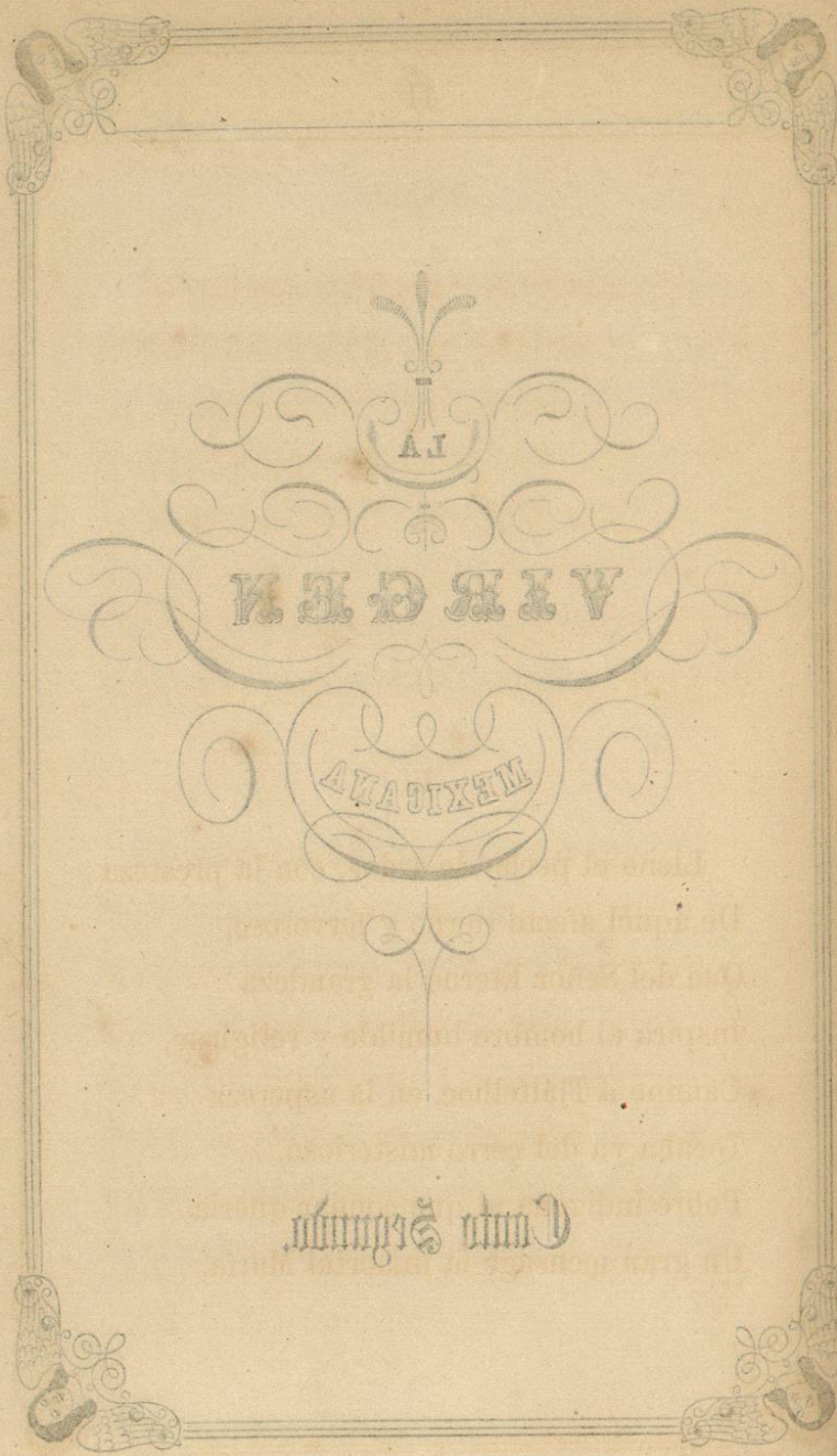


LA

VIRGEN

MEXICANA

Canta Segunda.



II

En su nombre Juan era de obscuro  
Y humildes manchales procreado,  
De grande fe, de pensamientos puros,  
Y de ricas virtudes adornado:  
Al rudo arar, á los trabajos dados,  
Del ejercicio agrícola entregado,  
En Tlaltelhoc en vida laborosa  
Pasaba al lado de su caeta esposa.

I.

Lleno el pecho de ardor, con la presteza  
De aquel afecto tierno y fervoroso,  
Que del Señor Eterno la grandeza  
Inspira al hombre humilde y religioso,  
Camino á Tlaltelhoc, en la aspereza  
Tocaba ya del cerro misterioso,  
Pobre indigena al que confiar queria  
Un gran mensaje la inmortal María.

## II.

Era su nombre Juan; era de oscuros  
 Y humildes macehuales procreado,  
 De grande fé, de pensamientos puros,  
 Y de ricas virtudes adornado:  
 Al rudo afan, á los trabajos duros  
 Del ejercicio agrícola entregado,  
 En Tolpetlac su vida laboriosa  
 Pasaba al lado de su casta esposa.

## III.

Que un dia oyendo al orador cristiano  
 Las gracias ponderar y la hermosura  
 De aquella gran virtud que al pecho humano  
 Infunde nuevo ser, nueva natura,  
 La castidad de origen sobrehumano,  
 Como el ángel de Dios, cándida y pura,  
 De su beldad de suerte se agradaron,  
 Que en adelante intacta la guardaron.

## IV.

Ocupado traía el pensamiento  
 Del gran misterio que del orbe entero  
 Borró la iniquidad con el tormento  
 Del Hombre Dios clavado en un madero;  
 Divino y encumbrado sacramento,  
 Y sacrificio real y verdadero,  
 Que la Iglesia renueva en cada dia,  
 De paz, incruento, y de sin par valía.

## V.

Iba el piadoso Juan tan embebido  
 En estos pensamientos, tan ansioso  
 De llegar á su término querido  
 Y presenciar el culto religioso,  
 Que del mismo deseo enardecido,  
 Acelerando el paso cuidadoso,  
 Una aérea imagen figuraba,  
 Que la estéril ladera atravesaba.

## VI.

Derepente la esfera se ilumina  
 Y la anchurosa tierra se embellece  
 Al vivo fuego de una luz divina  
 Que en do quier centellea y resplandece:  
 Del salobre Texcoco la neblina  
 Fugitiva en el aire desaparece,  
 Y la alba que asomaba en ese instante  
 Cedió á esta luz mas bella y mas radiante.

## VII.

Sonaba al mismo tiempo encantadora  
 De las celestes arpas la armonía,  
 Y del Empíreo la immortal cantora  
 Los himnos de la gloria repetía:  
 Nunca una voz se oyera tan sonora,  
 Nunca el mortal oyó tal melodía,  
 Ni concento tan suave y espresivo  
 Fingió en sus dioses el cantor Argivo.

## VIII.

Como suele de noche el caminante  
 Ansioso de llegar á su destino  
 El cielo contemplar de uno á otro instante  
 Computando lo largo del camino,  
 Mas cuando vé la hermosa y rozagante  
 Naciente luz del astro matutino,  
 Olvida su impaciencia, atentamente  
 Parado á contemplar el rico Oriente,

## IX.

Y al escuchar el canto no aprendido  
 De las aves que entonan la alborada,  
 Dejando alegres el sabroso nido  
 De la vecina selva en la enramada,  
 Se queda como estático, perdido  
 En la grandiosa escena comenzada,  
 Hasta que el sol se eleva magestuoso  
 Y descubre su disco luminoso;

## X.

Así del gran suceso no esperado  
 Y del placer mas puro sorprendido  
 Quedó el humilde Juan enagenado,  
 Inmóvil y como fuera de sentido:  
 Tenia en su semblante retratado  
 El dulce gozo á la sorpresa unido,  
 Y vuelto á la vision que lo ocupaba  
 Señal alguna de temor no daba.

## XI.

Como de blanca nieve en la alta frente  
 Del enriscado monte aparecia  
 Una graciosa nube transparente,  
 En cuyo centro el iris relucia:  
 En su fondo circuida ricamente  
 De los rayos del sol, se descubria  
 Aquella Vírgen tan hermosa y pura,  
 Que no hay quien se le iguale en la natura.

## XII.

¡Oh quién pudiera con primor hablando  
 Las gracias bosquejar de su belleza!  
 ¡Quién de sus labios imitar cantando  
 La dulce voz, y la sin par terneza!  
 Tú que sus prendas plácida acordando  
 Memoria fiel, animas mi flaqueza,  
 Acude pues, recuérdame un momento  
 La imágen suya y su divino acento.

## XIII.

Su manto azul de estrellas salpicado  
 De la cabeza hasta los piés bajaba,  
 Y el carmin del vestido, recamado  
 De mil doradas flores, realizaba:  
 Debajo de sus plantas eclipsado  
 El astro de la noche se miraba,  
 Como al cuarto primero, en su creciente,  
 Aparece colgado al Occidente.

## XIV.

Mas abajo sus alas estendia  
 De esquisito matiz y colorido  
 Un ángel de elevada gerarquía,  
 A un hermoso mancebo parecido:  
 Levantando sus brazos sostenia  
 Por ambos lados, del talar vestido  
 La fimbria bella, que plegaba airosa  
 Sobre los piés de la Sagrada Diosa.

## XV.

De aquella siempre bella y agraciada,  
 Sin mancha de pecado concebida,  
 Por el saber de todo un Dios formada,  
 Por el amor de todo un Dios querida;  
 De Abisai la hija hermosa celebrada  
 Entre miles de miles escogida,  
 Edisa de belleza incomparable,  
 Ni tan graciosa fué ni tan amable.

## XVI.

Mezclaba en su semblante despejado  
 La noble magestad con la dulzura,  
 La honesta timidez con el agrado,  
 Y el pudor virginal con la hermosura:  
 Cuando despues del hórrido nublado  
 Rie en los cielos la comun ventura,  
 No es tan alegre en la radiante esfera  
 Serena y pura la eternal lumbrera.

## XVII.

Cual de ébano bruñido su cabello  
 En la espaciosa frente resaltaba,  
 Y á un lado y otro del enhiesto cuello  
 En delicadas ondas deslizaba;  
 Su rostro afable el claro-oscuro bello  
 De jovencita indiana congraciaba,  
 Y partia su boca primorosa  
 La púrpura encendida de la rosa.

## XVIII.

Del labio suyo el sonoro acento  
 De negro horror la tempestad serena,  
 Y hace callar en su ímpetu violento  
 La voz del huracán que al orbe atruena;  
 Suave y alegre, de eternal contento  
 Cielos y tierra prodijiosa llena,  
 Como el grato sonido y la armonía  
 De la sublime y docta sinfonía.

## XIX.

Era dulce, tranquilo y agradable  
 El mirar de sus ojos, espresivo  
 De la amante piedad inalterable  
 Que reposa en su pecho compasivo:  
 El dulce amor, la caridad amable  
 Es de su escelso ser el distintivo,  
 Que al volver sus pupilas celestiales  
 En dulce amor enciende á los mortales,

## XX.

De su sagrado aspecto difundía  
 Rayos de luz tan vivos, tan divinos,  
 Que de oro fino todo aparecía,  
 Las rocas, los abrojos, los espinos:  
 En cuanto la ancha vega se estendía,  
 Y hasta en los altos montes convecinos  
 El oro de su luz reverberaba  
 Y con ricos destellos reflejaba.

## XXI.

Así el dichoso neófito, cercado  
 De inmensa claridad, profundamente  
 Con la hermosa vision embelesado,  
 Revolvía mil cosas en su mente:  
 ¡Cuántas veces, decía, no he cruzado  
 Por este sitio, y ni soñadamente  
 Imaginé jamás tantas grandezas  
 Donde no hay sino riscos y malezas!